



IMAGINEMOS QUE PIDO SOCORRO

-Fantasía de una autofagia-

<<Los límites del lenguaje son los límites de mi mundo>>

L. WITTGENSTEIN: *Tractatus logico-philosophicus*, 5.6.

JAVIER LÓPEZ ALÓS*

Imaginemos el siguiente argumento: un impostor que pretende pasar por músico hace un pacto con algún duende, diablo o ser por el estilo: escribe una canción, ópera, sinfonía... cuya extensión irá menguando cada vez que se interprete hasta llegar al absurdo de limitarse a un solo compás, con éxito tan rotundo como siempre... y al drama de no poder tocar finalmente nada, de la desaparición, el silencio y la vuelta al anonimato. Imaginemos ahora un escritor que escucha esta historia y decide contarla como propia y con ella alcanza premios y fama. Imaginemos entonces que llega el Día de la Gran Conmemoración de las Letras y nuestro autor debe dictar el discurso de honor: lee su parábola sobre el éxito fácil y exhorta a todos al esfuerzo y a recuperar los más nobles valores de los clásicos... y vuelve a mirar el cuento y cree que faltan algunas palabras, no está seguro y vuelve a contar y ve que hay menos. Oye las voces del público, pero no entiende qué dicen. Un mareo blanco, completamente blanco y unas náuseas crecientes al ver sus papeles en blanco, todo en blanco. Imaginemos que en ese momento el orador empieza a vomitar palabras, una catarata casi interminable de palabras, un surtidor que se va retorciendo a medida que vuelca sobre la tribuna palabras y más palabras.

La última palabra, “socorro”, cae de su boca casi sin fuerza, como la gota final en un grifo cerrado que nadie se molesta en atender. Ni siquiera él la ha podido escuchar. Durante unos segundos, sin palabras ya, en silencio absoluto, nota un cierto alivio cuando concluyen las náuseas, pero todo sigue en blanco y espera que alguien haya oído su petición de auxilio. Mira con esfuerzo al frente, luego a la derecha y finalmente renuncia a la izquierda, que también es blancura, como todo alrededor. Imaginemos, imaginemos que el blanco se dispersa y aparece a su vista el auditorio puesto en pie y en

* Ilustración gentileza de Isabel Albaladejo.



plena ovación, y que, tras unos instantes de duda, sonrío y trata de dar las gracias, pero ya no encuentra la palabra y antes de que todo vuelva a hacerse blanco recoge del suelo la palabra “socorro” y muere abrazado a ella sin que nadie se dé cuenta. Imaginemos que yo presencié todo esto y que lo escribo y que recibo un pr...

